

¡SANTIAGO Y A ELLOS! CABALLERÍA LIGERA DE  
CASTILLA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO  
¡SANTIAGO Y A ELLOS! CASTILIAN LIGHT CAVALRY IN  
THE CONQUEST OF MEXICO

DARIO TESTI

*Universidad de León*<sup>1</sup>

**RESUMEN:** En las primeras décadas del siglo XVI, la caballería tenía que enfrentarse a las armas que iban imponiéndose en los campos de batalla de la Europa Occidental; es decir, tanto a la artillería como a las piezas de asta. Las Guerras de Italia, caracterizadas por el enfrentamiento entre la maquinaria bélica castellano-imperial y la francesa, fueron el contexto en el que la artillería, los arcabuces y las picas comenzaron a considerarse como la columna vertebral de los ejércitos europeos, lo que daría lugar a que, en los siglos sucesivos, se impusiese la infantería. En el mundo colonial, sin embargo, los nativos amerindios desconocían a los equinos, por lo que la caballería ligera castellana los utilizaría cuando la topografía del terreno lo permitiera. Así, el cuerpo volvió a ser allí fundamental en los conflictos, a pesar de su escasez numérica, ya que los indios no habían podido desarrollar armas, formaciones y tácticas adecuadas para hacerle frente. Con todo ello, abordaremos con este trabajo la conquista de México y nos serviremos, sobre todo, de las crónicas españolas y mestizas para analizar las maniobras de los jinetes de Castilla en los principales choques bélicos de la campaña.

**Palabras clave:** Caballería ligera, Conquista de México, guerras coloniales, arte de la guerra prehispanico, maniobras de caballería.

**ABSTRACT:** In the first decades of the 16th century the cavalry had to measure up to both the pole weapons and the artillery being used on the battlefields of Western

<sup>1</sup> Este trabajo se ha llevado a cabo dentro del proyecto de investigación adscrito a la beca del Ministerio de Educación con referencia: PPU12/06029.

Europe. The Italian Wars, characterized by the clash between Castilian imperial and French war machines, provided the context in which artillery, arquebuses and pikes started to be considered as the backbone of European armies. In the course of the following centuries, the infantry would consequently play a crucial role, to the cost of mounted forces. In the colonies, on the other hand, the natives were not familiar with horses, and, providing the terrain made it possible, the Castilian light cavalry could move freely. As a result the cavalry corps returned to its previous splendour on the battlefields of the Americas, despite its limited size, because the indigenous population was unable to develop the weapons, formations and tactics to resist it. In this study we will examine the Conquest of Mexico making particular reference to the accounts of the Spanish and the *mestizas*, in order to investigate the manoeuvres of the Castilian mounted forces during the most important battles of the campaign<sup>2</sup>.

Keywords: Light cavalry; Conquest of Mexico; colonial wars; pre-hispanic Art of War; cavalry manoeuvres.

## INTRODUCCIÓN

En 1494 comenzaron las Guerras de Italia, que determinaron un avance fundamental en la lenta evolución del arte de la guerra europeo. La infantería consiguió progresivamente un gran predominio del campo de batalla, que se habría preservado hasta la actualidad. Empezó entonces aquel proceso que, en la tercera década del siglo XVI, habría causado el nacimiento del tercio. Las formaciones cerradas de infantes adoptaron las picas, las armas largas de las falanges de Filipo de Macedonia. La selva de astas les confería el aspecto de un puercospín y les permitía enfrentarse, incluso, a las cargas en masa de la caballería pesada de Francia. Arcabuceros y ballesteros formaban parte de este conjunto, encargados de abrir el fuego contra las líneas enemigas para romper su continuidad y disminuir su potencial ofensivo, mientras se protegían con las picas de sus compañeros. Los rodeleros, infantes armados de espada cuyo nombre derivaba de su escudo, penetraban en los claros abiertos por los tiradores e infligían el golpe de gracia a la formación adversaria. Esta falange se llamaba tercio, ya que estaba compuesta por un tercio de piqueros, un tercio de tiradores y un tercio de rodeleros. Constituía la evolución de la formación de los piqueros suizos, tras los cambios tácticos que Gonzalo Fernández de Córdoba había experimentado en las grandes batallas campales de Italia. Las armas de fuego, mientras tanto, evolucionaban. Los ejércitos estaban dotados de piezas de distintos tipos, con funciones y municiones diferentes. Contaban con armas proyectadas para destruir las grandes murallas de las ciudades y otras más pequeñas, que martillaban las tropas, cargadas con proyectiles de fragmentación. La infantería, al mismo

2 Doy las gracias a la profesora Sharon Powell por la traducción.

tiempo, estaba dotada de arcabuces, espingardas y mosquetes; se trataba de una serie de armas de fuego individuales, progresivamente más precisas y más eficaces contra los objetivos acorazados.

La guerra moderna, por lo tanto, empezó a eliminar del campo de batalla aquellos cuerpos, armas y maquinarias ya obsoletos. La caballería había empezado a convertirse en la columna vertebral de los ejércitos de la Europa Occidental, a partir de los siglos X y XI de nuestra era. A comienzos del XVI, sin embargo, estaba tropezando con enormes dificultades a la hora de enfrentarse al número, a las formaciones, a las tácticas y a las armas de la infantería. La mentalidad de los nobles caballeros de Europa habría tardado dos siglos en aceptar la pérdida de funcionalidad de la caballería pesada, pero se trataba de un proceso que había empezado y que no se habría detenido. En 1641, Fulvio Testi, diplomático y poeta barroco italiano, atestigua este fenómeno escribiendo “questo è il secolo de' soldati”, es decir, “este es el siglo de los soldados”<sup>3</sup>.

En 1492, Cristóbal Colón descubrió un nuevo mundo, lo cual ofreció a los reyes de Castilla todo un continente en el que servirse de sus rodeleros, sus jinetes y sus perros de ataque. Los equinos, en América, se habían extinguido miles de años antes de que las embarcaciones del navegante genovés alcanzaran el Caribe. Los oriundos desconocían por completo esta familia de animales, lo cual determinaba dos consecuencias fundamentales. Por un lado, estaban atemorizados por aquellas criaturas y ni siquiera conseguían entender si el caballo y el caballero eran dos seres distintos o si formaban parte de un mismo ente, por lo que no se atrevían a encararlos en el campo de batalla<sup>4</sup>. Por el otro, los ejércitos amerindios, más allá de su escaso nivel de evolución técnica, nunca se habían enfrentado a la caballería, de manera que no habían gozado de la oportunidad de desarrollar aquellas armas o formaciones que pudieran amenazarla.

## LA CONQUISTA DE MÉXICO: LOS EJÉRCITOS ENFRENTADOS Y SUS ARMAS

En 1517 comenzaron los primeros intentos de Diego Velázquez de Cuéllar, gobernador de Cuba, por lanzar misiones de reconocimiento, de exploración y de penetración en Yucatán, tierra de maya. El 18 de febrero de 1519, zarpó de la isla una escuadra encabezada por Hernán Cortés, el capitán extremeño. Estaba constituida por alrededor de 500 hombres, 16 caballos y 14 piezas de artillería,

3 MAURI, A. (ed.), “Carta de Fulvio Testi al marqués Felice Montecuccoli”, en *Opere di Gabriello Chiebrera e di Fulvio Testi*, Milano, 1834, p. 589.

4 Véase DIAZ DEL CASTILLO, B., *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, (SERÉS, G. ed.), Madrid, 2011, cap. XXXIV; CERVANTES DE SALAZAR, F., *Crónica de la Nueva España*, Barcelona, 2008, libro III, cap. 3; LÓPEZ DE GÓMARA, F., *La Conquista de México*, (GUIBELALDE, P. ed.), Barcelona, 1954, pp. 39-43.

no sin señalar que casi cada fuente nos ofrece unas cifras distintas<sup>5</sup>. Había empezado la Conquista de México, un proceso que se habría concluido el 13 de agosto de 1521 con la captura de Cuauhtemoc, el último soberano de la confederación azteca.

Las potencias del actual México Central habían alcanzado un nivel de desarrollo técnico y urbanístico que destacaba con respecto al conseguido por los demás amerindios, con los que los cristianos se habían enfrentado hasta la fecha. Sus ejércitos podían llegar a contar con decenas de miles de tropas, quizá cientos de miles, que podían ejecutar maniobras relativamente complejas en el campo de batalla y que disponían de armaduras de fibra vegetal acolchada. Se trataba de huesos que, a nivel técnico, no podían competir con las armas y las armaduras de los castellanos, con los jinetes, los tiradores y las piezas de artillería. Las armas de los indios, tanto blancas como arrojadizas, eran de madera y tenían hojas de obsidiana, una piedra volcánica dura, afilada y frágil como el vidrio, tal y como confirman nuestros autores. El arma blanca típica de los amerindios de la zona es llamada *macana* por los cronistas, aunque la *macana* prototípica era una espada de madera propia de los caribes, mientras que el modelo azteca con hojas de piedra se llamaba *macahuilit* (Fig. 1). Herrera nos describe el efecto de un golpe de arma con punta de obsidiana contra una armadura de acero y explica que "hacían señal [marcar] con la furia del golpe, pero quebrabase el filo, porque en fin era de piedra"<sup>6</sup>. Benavente añade que estas hojas se estropeaban al golpear contra el objetivo y que se deprendían unas virutas, ya que se trataba de una piedra vítrea<sup>7</sup>. Las Casas, en ocasión de la batalla de Centla, explica que las armas de los oriundos eran tan débiles que no podían matar a los castellanos acorazados<sup>8</sup>. Sostiene, además, que estos mazos con hojas de obsidiana ni siquiera podían cortar a cercén un brazo, debido al grosor del cuerpo del arma y a la escasa capacidad de la piedra de cortar huesos<sup>9</sup>.

5 Véase DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. XXIII, XXV, XXVI; CERVANTES DE SALAZAR, F., *Op. cit.*, libro II, cap. 21; LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 17; CORTES, H., *Cartas de relación*, (DELGADO GÓMEZ, A. ed.), Madrid, 1993, p. 119.

6 HERRERA, A. de *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, Madrid, Oficina Real, 1726, década II, libro VII, cap. 6.

7 BENAVENTE, T. de, *Memoriales*, J. GARCÍA ICAZBALCETA (ed.), México, 1907, libro I, cap. 17.

8 CASAS, B. de las, *Historia de las Indias*, en *Obras Completas*, vols. 3-5, M. Á. MEDINA (ed.), Madrid, 1992, libro III, cap. XI, 120.

9 CASAS, B. de las, *Apologética historia*, en ABRIL CASTELLÓ, V., BARREDA, J., ARES QUEJIDA, B. y ABRIL STOFFELS, M. (eds.), *Obras Completas*, vols. 6-8, Madrid, 1992, cap. LXVI.

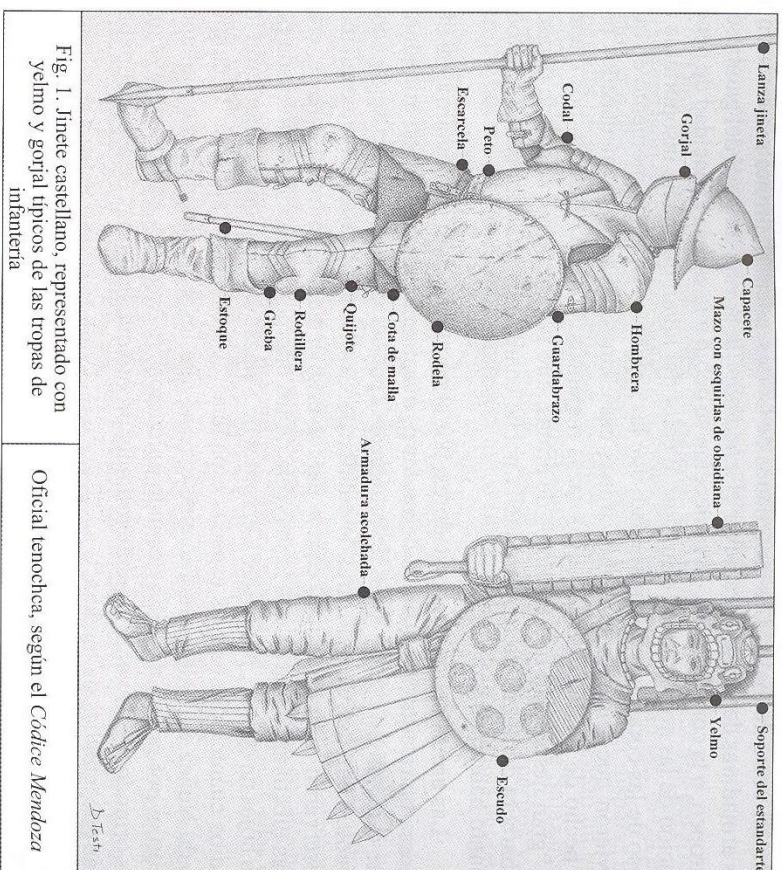


Fig. 1. Jinete castellano, representado con yelmo y gorjal típicos de las tropas de infantería

Oficial tenochca, según el *Códice Mendoza*

López de Gómara, por el contrario, expone que la obsidiana afilada penetraba en el hierro y lo mellaba<sup>10</sup>. Opinamos que estamos ante una hipóbole de tintes literarios, dado que ni siquiera las armas de corte de acero podían penetrar las armaduras de placas, ni aún las flechas disparadas con los arcos largos; únicamente, los virotes de las ballistas conseguían abrir una brecha. En Europa, de hecho, infantes y jinetes se servían de los estoques, espadas de hoja angosta proyectada para penetrar en los intersticios de las armaduras. Otra solución consistía en llevar mazos y martillos, en el intento por abollar las placas de la coraza del adversario y de quebrarle los huesos, debido a la fuerza de impacto del golpe. Por ello, si las armas de acero no penetraban las placas de las armaduras, nos resulta difícil creer los datos ofrecidos por López de Gómara aunque no excluimos que la fuerza del golpe consiguiera abrir una brecha en los gambesones más ligeros

10 LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 138.

y en las cotas de malla. Los castellanos de Cortés, además, pronto renunciaron a las armaduras de placas para llevar el *ichchahupilli*, la versión local del gambesón europeo, o la cota de malla. Esta elección se debió a la escasa capacidad de penetración de las armas de los oriundos; al calor del lugar, que hacía insoportable el peso de las corazas; y a la humedad, que las oxidaba. Así, en el momento en que tuvieron que enfrentarse a otras tropas castellanas, se sentían amenazados por el hecho de no disponer de sus corazas metálicas. Díaz del Castillo nos cuenta la "gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto o capacete o casco o barbera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo cuanto habíamos ganado"<sup>11</sup>.

Las armas de los conquistadores, por el contrario, eran particularmente eficaces contra aquellos blancos desnudos o, más bien, acorazados con armaduras que ofrecían un escaso nivel de protección, por ser de madera o de tejido acolchado. Díaz del Castillo, tras la batalla de Centla, explica que los castellanos observaron a los enemigos caídos para averiguar cuáles, entre sus armas, eran más efectivas. Notaron que la mayoría de los cuerpos había sido atravesada por las hojas de acero<sup>12</sup>, por lo que Cervantes de Salazar escribió que "conocieron los indios cuánto cortaban las espadas españolas"<sup>13</sup>. Las Casas, al contar la empresa de Núñez de Balboa en Panamá, expone que los estroques de los castellanos "cortan por medio un indio desnudo en cueros"<sup>14</sup>; Anglería, en fin, subraya que los oriundos de Panamá aprendieron muy pronto que las armas de acero cortaban más que aquellas de madera<sup>15</sup>.

La artillería constituía otro factor importante en el enfrentamiento entre oriundos y forasteros. Esta infundía en los indios un miedo que era superior a la efectiva capacidad destructiva del arma. Cervantes de Salazar explica que Tenutil, gobernador azteca de la región de los totonacas, se quedó atónito ante una demostración del potencial ofensivo de la hueste castellana y no pudo identificar ni entender la verdadera naturaleza de lo que veía. Pensaba que los forasteros dominaban el trueno y que lo disparaban contra sus enemigos por medio de aquellas piezas de metal, las cuales vomitaban fuego, humo y oían a azufre, al igual que el Popocatépetl.

"Vuestro traje es en todo diferente del nuestro, y esos hombres que andan tan altos y corren tanto y tienen cuatro pies me admiran mucho, pero lo que me ha

mucho atemorizado, son aquellas armas gordas que echan fuego y suenan tanto, que me pareció que relampagueaba y tronaba el cielo"<sup>16</sup>.

Díaz del Castillo, Cervantes de Salazar y López de Gómara nos describen al antepasado de los actuales proyectiles de fragmentación. Citan una pieza cargada con una pelota y muchos perdigones, hecho que supone poder disparar una metralla de proyectiles y alcanzar a distintos blancos a la vez, causando un gran estrago a cada disparo<sup>17</sup>. El mismo Moctezuma, según Cervantes de Salazar, resumía los fuertes del ejército castellano, es decir, cuáles eran los cuerpos y las armas que más atemorizaban a los oriundos (aunque de los jinetes nos ocuparemos más adelante).

"Traéis unos animales muy mayores que venados, que tragaban los hombres, y que como venados del cielo, abajábedes de allá rayos y relámpagos y truenos con que hacíades temblar la tierra y estremecer a los nuestros los corazones, y matábedes, sin saber ellos cómo, al que os parecía o enojaba en cualquier manera. Decían también que con esas vuestras espadas de hierro dábades tan grandes heridas que partiádes al hombre por medio, y punzábedes de tal manera con ellas que en un punto matábedes al que así heriádes"<sup>18</sup>.

Las piezas de artillería a disposición de los servidores castellanos eran pocas, tenían una cadencia de tiro muy baja y no eran precisas, pero surtían un efecto psicológico aterrador en los indios. Contribuían, por tanto, a causar la mermada del orden y la disciplina en las formaciones de infantería y, por ende, su consiguiente derrota y retirada.

Cortés se aprovechaba de esta ventaja adicional que el enemigo le brindaba e intentaba reforzar estas convicciones erróneas. Con motivo de su marcha hacia la capital azteca disparó una salva para explicarles a los lugareños que sus piezas estaban a punto de enfadarse, hecho que les atribuía voluntad propia<sup>19</sup>. Los mexicanos tardaron en entender que no se trataba de armas sobrenaturales, de entidades metafísicas. En el curso de la sublevación contra la masacre del Tóxcatl ya fueron conscientes de que estaban ante objetos y que, por lo tanto, podían ser contraatacados<sup>20</sup>. Díaz del Castillo, en el curso del asedio final de Tenochtitlan, destaca que no había forma de rechazar las tropas locales, a pesar de los efectos que las

11 DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. CXXII.  
 12 DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. XXXIV.  
 13 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro III, cap. 37; véase LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 93; CASAS, B. de las, *Historia...*, libro III, cap. XI, 110.  
 14 CASAS, B. de las, *Historia...*, libro III, cap. IV, 43.  
 15 MARTIR DE ANGLERIA, P., *Décadas del Nuevo Mundo*, (ALBA, R. ed.) Madrid, 1989, década III, cap. 3.

16 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro III, cap. 3.  
 17 DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. CXXV; CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro IV, cap. 110; LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 190.  
 18 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro IV, cap. 1; véase LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 127; SEPULVEDA, J. G. de, *De rebus hispaniarum gestis ad novorum orbem mexicanique*, (RAMOS, D. ed.), Valladolid, 1976, libro II, cap. 11.  
 19 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro III, cap. 25.  
 20 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro IV, cap. 1.

armas europeas surtian en sus cuerpos casi desprotegidos<sup>21</sup>. Angleria exclama “¡Oh maravillosa valentía! Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez, a veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban<sup>22</sup>”. Los aztecas, en las fases finales de la campaña, habían aprendido a reaccionar ante la artillería, bien evitando cagarla frontalmente y agachándose mientras estaba a punto de disparar, bien arriándose a las paredes<sup>23</sup>.

#### LA CABALLERÍA

Los indios, además de a las piezas, tenían un miedo aterrador a los equinos, lo cual confería al cuerpo de caballería acaudillado por Cortés una ventaja especial en el campo de batalla. Sepúlveda parangona el efecto que los équidos surtían sobre los oríundos con el ejercido por los toros enfurecidos contra las muchedumbres pacíficas<sup>24</sup>. Los demás cronistas exaltan las virtudes de los animales y su importancia en los campos de batalla coloniales. Vázquez de Tapia, veterano de la Conquista de México, afirma que “se estima un caballero a caballo, más que trescientos peones<sup>25</sup> y en el Nuevo Mundo este juicio tan medieval seguía siendo fiable. El mismo Cortés, justo antes de la batalla de Otumba, explica que “no temíamos después de Dios otra seguridad sino la de los caballos<sup>26</sup> y, durante el asedio final de Tenochtitlan, sostiene “que los caballos y yeguas nos daban la vida<sup>27</sup>. Sepúlveda, refiriéndose al capitán, añade que “su mayor esperanza y la mayor esperanza de someter el Nuevo Mundo la tenía puesta en los caballos<sup>28</sup> y explica que los lugareños “los temían como a la peste<sup>29</sup>. Benavente, finalmente, explica que el animal “da fuerza y ventaja a poco contra muchos” y, por ello, tras la Conquista, aconsejaba al emperador que prohibiera su uso entre los indios<sup>30</sup>. Los aztecas, en una embajada que enviaron a los tarascos tras la Noche Triste, dijeron que “todos los que topa mata<sup>31</sup> al describir al caballo.

- 21 DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. CXXXVI.
- 22 MÁRTIR DE ANGLERIA, P., *op. cit.*, década V, cap. 5.
- 23 SAHAGÚN, B. de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, (TEMPRANO, J. C. ed.), Madrid, 2001, libro XII, cap. 34.
- 24 SEPÚLVEDA, J. G. de, *op. cit.*, libro III, cap. 15.
- 25 VÁZQUEZ DE TAPIA, B., *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia*, en VÁZQUEZ CHAMORRO, G. (ed.), *La Conquista de Tenochtitlan*, Madrid, 2002, p. 133.
- 26 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 285.
- 27 *Ibidem*, p. 411.
- 28 SEPÚLVEDA, J. G. de, *op. cit.*, libro IV, cap. 23.
- 29 *Ibidem*, libro VII, cap. 32.
- 30 *Carta de Fray Toribio de Motolinía al emperador Carlos V*, de 2 de enero de 1535, en BENAVENTE, T. de, *Historia de los indios de la Nueva España*, (FABREGAT, C. E. ed.), Madrid, 2001, p. 314.
- 31 CABRERO FERNÁNDEZ, L. (ed.), *Relación de Michoacán*, Madrid, 2002, cap. XX.

Desde el actual México hasta la Patagonia no solo los caballos, sino también los demás grandes mamíferos, se habían extinguido. Por este motivo, los indios equipararon los caballos de batalla con los animales más grandes de los que tenían constancia, llamándoles ciervos (*mazatl*), que vemos representados en el *Codice Telleriano-Remensis*<sup>32</sup>, o tapires (*tlacoxolotl*)<sup>33</sup>. Los nativos, además, pensaban que comían carne en lugar de hierba, ya que los animales que más temían de entre la fauna local eran carnívoros<sup>34</sup>. Durán, por ejemplo, nos dice que los aztecas con “su simplicidad y llaneza, daban una gallina al soldado y otra a su caballo<sup>35</sup>, y Herrera explica que lo mismo hacían los tlaxcaltecas<sup>36</sup>. Las Casas y Herrera, al describirnos la campaña continental de Núñez de Balboa en Panamá, nos relatan un ataque en el que los castellanos quemaron las chozas de los oríundos. Las mujeres, con sus bebés en los brazos, huían de las cabañas incendiadas y, al ver los caballos, volvían entre las llamas, temiendo que estos pudieran comérselas<sup>37</sup>. Ya los canarios, en el curso del siglo anterior, habrían sufrido el mismo impacto psicológico debido a la aparición los caballos en sus vidas. Viana imagina la descripción que un isleño de Tenerife pudo hacer de los equinos a sus conmillitones.

“Tienen un ave, o animal hermoso, manso, gallardo, guerrador, dispuesto, de cuatro pies, y pisa tan brioso que corre, o buela, qu’es ligero y presto: sube sobre el el dueño belicoso, y espanta sólo verte encima puesto<sup>38</sup>.”

En el campo de batalla, el caballo podía ser empleado de diferentes maneras. Podía cargar frontalmente al enemigo, transportar arqueros o, incluso, acometer rápidas incursiones contra los flancos y la retaguardia. Este último fue el caso de la caballería ligera que los castellanos emplearon en México. Los jinetes

- 32 OUIÑONES KEBBER, E. (ed.), *Codex Telleriano-Remensis*, Austin, 1995, pp. 91-92.
- 33 MUÑOZ CAMARGO, D., *Historia de Tlaxcala*, (VÁZQUEZ CHAMORRO, G. ed.), Madrid, 2003, libro II, cap. 1; ALVARADO TEOZOMOC, H. de, *Crónica Mexicana*, (DÍAZ MIGGOYO, G. y VÁZQUEZ CHAMORRO, G. eds.), Madrid, 2001, cap. CXI; BENAVENTE, T. de, *Historia de los indios...*, Tratado III, cap. 1.
- 34 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro III, cap. 4; LÓPEZ DE GÓMARA, F., *Op. cit.*, p. 41.
- 35 DURÁN, D., *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*, (RAMÍREZ, J. F. ed.), México, 1867, cap. LXXI.
- 36 HERRERA, A. de, *op. cit.*, década II, libro VI, cap. 12.
- 37 CASAS, B. de las, *Historia...*, libro II, cap. VIII, 58; HERRERA, A. de, *op. cit.*, década I, libro VII, cap. 16.
- 38 VIANA, A. de, *Conquista de Tenerife*, (GIORANESCU, A. ed.), Santa Cruz de Tenerife, 1968, canto IV, vv. 664-669.

de Cortés, a nivel numérico, eran demasiado escasos como para poder desarrollar un papel crucial en el campo de batalla, pero conseguían aliviar la presión que la infantería enemiga podía ejercer contra los rodeleros y, a la vez, obstaculizar sus maniobras, evitando que pudieran rodearles. Maniobraban en el campo para atacar al enemigo, en el momento y en el lugar en que estuviera más expuesto, sirviéndose de la velocidad del caballo para detectar el blanco más adecuado y alancearlo. Jenofonte, veterano curtido y jinete, nos recuerda que “es sensato lanzarse por donde las fuerzas enemigas sean débiles, aun cuando se hallen lejos”<sup>39</sup>. Esto significa que caballería e infantería podían luchar en dos sitios distintos del campo de batalla y Cortés, con motivo del enfrentamiento de Centla, destaca que ni siquiera conseguían verse<sup>40</sup>. Díaz del Castillo nos confirma que los tabascos, en aquella ocasión, cargaron frontalmente contra los infantes castellanos. Los jinetes, mientras tanto, ejecutaron una maniobra envolvente y, por medio de un movimiento de pinza, les atacaron en la retaguardia<sup>41</sup>.

En la batalla de Otumba, el mayor choque campal de toda la campaña, al menos varias decenas de miles de tropas de la Triple Alianza encaban a pocos cientos de castellanos. Estos últimos acababan de huir de Tenochtitlan, llevando a cabo una marcha larga y agotadora, sin víveres y perseguidos por el enemigo. Los rodeleros estaban a punto de sucumbir ante la multitud de indios que les cargaban. Cortés era bien consciente de que si conseguirían abatir al oficial superior de la formación azteca, todo el ejército indio se habría desmoronado y habría huido del campo de batalla, a pesar de la aplastante ventaja que tenía sobre su adversario. En el momento en que divisó a lo que debía de ser el general del ejército azteca, llamado *cinhuacoatl*, reagrupo a su cuerpo de centauros y todos cargaron contra el objetivo, abriéndose paso hacia el oficial. Los indios, al mismo tiempo, iban retirándose, “temiendo como solían, el choque de los caballos”<sup>42</sup>, en lugar de encararles para defender a su general. La intención de los jinetes era avanzar hasta alcanzar al objetivo y abatirlo, o bien morir en el intento, ya que no les quedaba otra opción. Para ello se sirvieron de toda su fuerza de impacto y así penetraron en la formación azteca, dado que no tenían que preservar una vía de fuga. Cortés, finalmente, tuvo a *cinhuacoatl* al alcance de su lanza y le acertó, hiriéndole, mientras que Juan de Salamanca le mató. Recogió el estandarte del general abatido y se lo entregó al caudillo, que cabalgó entre las fuerzas enemigas para enseñárselo.

39 X., *Eq. Mag.*, IV, 14.

40 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 130.

41 DIAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. XXXIV.

42 SOLÍS, A. de, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, París, 1889, libro IV, cap. 21.

En el momento en que los indios habían tomado conciencia de su derrota y emprendían la fuga, además, se exponían a la carga de los jinetes. Representaban un blanco perfecto porque ningún ser humano podía esperar correr más rápido que un caballo. Los ejércitos indios, además, eran tan numerosos que las tropas no podían huir sin estorbarse entre ellas, en el momento en que la formación se desbandaba y perdía el orden. Jerónimo de Aguiar, refiriéndose a las guerras de los nativos, explica que “los enemigos cuando están turbados, mientras más son, más se estorban”<sup>43</sup>, algo parecido destacó Cortés, que “más son, más se confunden y embarazan”<sup>44</sup>.

La diferencia entre la velocidad de los caballos de Castilla y la de los infantes de México, además, ofrecía al jinete la posibilidad de replegarse si era necesario y sin que el enemigo, al contraatacar, pudiera alcanzarle. Los centauros, por tanto, debido a la velocidad del equido podían ofender sin ser ofendidos a su vez<sup>45</sup>. Cortés explica que él, con sus tropas a caballo, luchaba “sin que daño alguno rescibiésemos puesto que pelocaban con mucho denuedo y ánimo, pero como todos éramos de caballo arremetíamos a nuestro salvo y salíamos ansimesmo”<sup>46</sup>. Los indios, debido a estas características, llegaban a creer que los caballos volaban en el campo de batalla, ya que les alcanzaban sin importar lo rápido que pudiesen correr<sup>47</sup>. En el *Códice Aubin* leemos que “aparecieron los hombres voladores,” lo cual podría referirse a la creencia de que los castellanos volaban con sus caballos<sup>48</sup>, el mismo Moctezuma, según Alvarado Tezomoc, los definió como “águilas ligeras”<sup>49</sup>. Las tropas a caballo, al mismo tiempo, podían cubrir a los infantes de su mismo ejército del contraataque enemigo, en el momento en que tenían que replegarse. Fernández de Oviedo, al describir las maniobras y los choques que se desarrollaron en el curso del asedio final de Tenochtitlan, explica que “quando [los castellanos] se retraían, cargaba tanta multitud de los adversarios, que si no fuera por los de caballo, rescibirían mucho daño los nuestros”<sup>50</sup>.

Cortés, al igual que hiciera con las piezas de artillería, intentaba aumentar el miedo irracional de los oriundos, presentándoles los caballos como seres que, por un lado, estaban dotados de voluntad propia y, por el otro, no podían ser abatidos por los humanos. El caudillo, tras derrotar a los tabascos en el campo

43 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro II, cap. 29.

44 *Ibidem*, libro III, cap. 43.

45 SEPULVEDA, J. G. de, *op. cit.*, libro IV, cap. 23.

46 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 175.

47 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro II, cap. 34.

48 *Códice Aubin*, México, 1902, p. 97.

49 ALVARADO TEZOMOC, H. de, *op. cit.*, cap. CXI.

50 FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, G., *Historia general y natural de las Indias, Islas y tierra-firme del Mar Océano*, (AMADOR DE LOS RÍOS, A. ed.), Madrid, 1853, libro XXXIII, cap. 23; véase CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 380.

de batalla y forzarles a rendirse, intentó convencer a los caciques locales de que los caballos eran máquinas de matar, sirviéndose de un semental en celo para espantarles<sup>51</sup>. Sostuvo que los animales estaban enfadados porque los enemigos de los castellanos no habían sido aniquilados y sus vidas habían sido salvaguardadas<sup>52</sup>. Explicaba a los embajadores aztecas que sus hombres ponían el freno en la boca de los équidos para evitar que pudiesen comerse a sus propios dueños<sup>53</sup>. Al mismo tiempo, intentaba demostrar que los equinos no tenían límites. En el curso de la marcha hacia Tenochtitlan les prohibió a los jinetes que se apearan, ya que no quería que los indios se dicesen cuenta de que había algún tipo de terreno que resultara impracticable para los caballos<sup>54</sup>. Los animales caídos en batalla contra los tlaxcaltecas eran enterrados, en la esperanza de que los indios pudieran seguir pensando que estaban ante seres inmortales<sup>55</sup>. El capitán, además, equipó a los caballos con petrales de cascabeles, para que al cargar pudieran producir un sonido aún más fuerte. Los jinetes, por lo tanto, podían servirse del ruido que emitan las cabalgaduras de sus compañeros para coordinarse entre ellos; aquel mismo sonido, a la vez, causaba un efecto aún más aterrador en el enemigo<sup>56</sup>. Los tlaxcaltecas, en el curso de uno de los pocos choques nocturnos de la conquista, empezaron a desmoronarse en el mismo momento en que escucharon a los caballos lanzarse a la carga<sup>57</sup>.

Los oriundos, también en este caso, supieron reaccionar ante la carga de los jinetes de Castilla y encontrar unas contramedidas, más o menos eficaces. Los tlaxcaltecas aprendieron de inmediato que el caballo era un ser mortal. La primera patrulla que tropezó con los exploradores castellanos no huyó, ni se replegó, sino esperó a que los jinetes se acercaran. Cuando los indios tuvieron a los caballos al alcance de sus mazos, los atacaron y los abatieron. Los cronistas castellanos se sirvieron de su fantasía para darle a aquel acontecimiento un toque más legendario; así, escribieron que los oriundos consiguieron decapitar de un solo golpe a aquellos animales y "quedó la cabeza colgando de las riendas". Sepúlveda recuerda aquellos hechos "para que nadie desdeñe el valor de los indios y considere despreciables armas tales como unos montantes de madera con

51. DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. XXXV.  
52. Véase LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 41.  
53. MUÑOZ CAMARGO, D., *op. cit.*, libro II, cap. 4.  
54. CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro II, cap. 14; LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 66.

55. CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro III, cap. 33.

56. Véase DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. XXXIII; CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro III, cap. 40, 94; LÓPEZ DE GÓMARA, F., *op. cit.*, p. 97.

57. CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 179.

58. D. DURÁN, D., *op. cit.*, cap. LXXII.

pedernales clavados"<sup>59</sup>, pero eso no es todo. Los tlaxcaltecas, en aquel acontecimiento, demostraron que la mejor manera para resistir a la carga de los jinetes era encerrarlos sin temor, en lugar de huir. Los aztecas, de hecho, tuvieron en dos ocasiones la posibilidad de matar a Cortés y la primera tuvo lugar en Xochimilco. Los jinetes, en aquella ocasión, cargaron contra un contingente adversario, constituido por miles de hombres, con la esperanza de que hubiera aún antes del choque. Unos cuantos infantes, sin embargo, resistieron la presión psicológica y arrojaron a los centauros, con sus lanzas y sus rodelas<sup>60</sup>. El capitán extremeño, de esta manera, fue rodeado y su cabalgadura, tras sufrir múltiples heridas, se desplomó, dejándole en las manos de sus adversarios, justo antes de que pudiera ser rescatado por los suyos.

Hay que tener en cuenta que los indios, además, fabricaron picas pero no sabían usarlas, por lo que sus falanges no surtían el mismo efecto que las de sus colegas en el Viejo Mundo<sup>61</sup>. Estas armas no debían de ser particularmente fáciles de usar ya que los mismos castellanos, antes de servirse de ellas contra la caballería de Pánfilo de Narváez, tuvieron que ser entrenados por los veteranos de las Guerras de Italia que, supuestamente, habían arrojado a la caballería pesada de Francia<sup>62</sup>. La única opción que les quedaba a los indígenas era encerrar a los jinetes en terreno abrupto e irregular, donde no pudieran ejecutar sus maniobras con agilidad y donde perderían al menos parte de su velocidad. Los tlaxcaltecas, en la batalla de Tecocac, se replegaron del campo de batalla y atrajeron a la formación castellana a un desfiladero cortado por un río. La caballería, en aquel espacio reducido, fue apisonada contra su propia infantería, por lo que perdió temporáneamente la capacidad de maniobrar y uno de los animales fue abatido y despedazado. Cortés, como explica Prescott, "se dio cuenta que el caballo había quedado despojado de ese terror sobrenatural que les había inspirado a los indios la superstición"<sup>63</sup>. Aquel lugar angosto, sin embargo, se volvió en contra de los propios indios ya que, por una parte, no podían sacar provecho de su superioridad numérica y rodear a la formación castellana; y, por la otra, al formar una falange cerrada, ofrecían un blanco particularmente adecuado para los rodeleros y los tiradores enemigos. Los tlaxcaltecas, por lo tanto, demostraron en Tecocac que el terreno roto representaba una defensa eficaz contra los jinetes castellanos pero, a la vez, que no había que encerrarles en el choque cuerpo a cuerpo.

59. SEPÚLVEDA, J. G. de, *op. cit.*, libro IV, cap. 23.

60. CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro V, cap. 94; CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 357; SEPÚLVEDA, J. G. de, *op. cit.*, libro VI, cap. 49.

61. CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro V, cap. 21, 34.

62. DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. CXVIII.

63. PRESCOTT, W. H., *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1900, vol. I, p. 416.

Mientras los castellanos avanzaban hacia el corazón de la confederación y se aproximaban a la capital, los aztecas habrían podido aprovechar las montañas que cerraban el Valle de México en su frontera oriental. Sirviéndose de la ligereza del armamento de los infantes y de la abundancia de tiradores, habrían podido desencadenar una guerrilla que, en teoría, podría haber tenido unas consecuencias muy graves para el contingente de Cortés. En esta ocasión no se trataba tan solo de un terreno inadecuado para las cargas de la caballería, ya que la propia infantería pesada era lenta y necesitaba amplios espacios para maniobrar. Los ejércitos del actual México Central, sin embargo, solían luchar sus guerras en el campo de batalla, enfrentando dos formaciones regulares de infantería entre ellas. Si bien habían aprendido que “era de extrema locura hacer frente a los de a caballo en lugares abiertos”<sup>64</sup>, seguían sin saber manejar adecuadamente las tácticas de la guerra irregular. Moctezuma, según parece, planeó atacar a los castellanos en el camino de Chalco, entre las montañas boscosas, antes de que estos pudieran alcanzar el valle, pero su proyecto fue frustrado al avisarles los tlaxcaltecas<sup>65</sup>. En Cuauhnahuac, en Yacapitztlán, en Cuauhquecholan y en otros lugares escarpados, las guarniciones locales se limitaban a servirse de las montañas y de los barrancos para defenderse, sin aprovecharse de la orografía del lugar para pasar al contraataque. Los castellanos, por lo tanto, tenían los terrenos rotos, montañosos y boscosos, pero los aztecas no sabían servirse de ellos en su beneficio. El propio Cortés, al volver al Valle de México en el curso de la segunda campaña de invasión, explica que “como a causa de las grandes arboledas no se podían aprovechar de los caballos, cuanto más adelante iban, más el temor se les aumentaba”<sup>66</sup>. Tenemos constancia de emboscadas practicadas entre los desfiladeros, con motivo del levantamiento de Tenochtitlan contra la guarnición de Pedro de Alvarado, en el que fue atrapado el conocido Juan Yuste, pero se trataba únicamente de excepciones<sup>67</sup>. Cortés intentaba prevenir eventuales trampas enviando a sus exploradores a comprobar el territorio en el que el ejército estaba a punto de penetrar. Se servía, además, de las tropas locales aliadas que, por llevar armaduras ligeras, se desplazaban muy rápidas en terrenos que resultaban ser extremadamente complejos para los rodaderos acorazados<sup>68</sup>.

Los aztecas, finalmente, consiguieron encargar a los castellanos en un terreno particularmente poco adecuado para las maniobras de caballería: se trataba de la misma Tenochtitlan. La guerra urbana era uno de los contextos bélicos más difíciles, sobre todo para las tropas a caballo. El mismo Cortés quiso arrostrar a

64 SEPLÚVEDA, J. G. de, *op. cit.*, libro VII, cap. 34.

65 Véase DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. LXXXVI; CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 202.

66 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 319.

67 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro V, cap. 65.

68 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 340.

Narváez en su campamento de Cempoala, donde la estrechez de las calles y la presencia de los edificios entorpecía los movimientos de los jinetes del caudillo enviado por Velázquez. La capital de la confederación azteca representaba un peligro aún mayor, ya que estaba edificada en una isla que emergía en un lago. Las calles estrechas estaban cortadas por una red de canales patrullados por una flotilla de canoas, desde las que los arqueros podían acribillar cualquier objetivo. Cada azteca, además, se convertía en una plataforma de tiro para los aztecas, por lo que los invasores eran alcanzados por todos los flancos. Cada calle y calzada, finalmente, había sido fortificada gracias a la excavación de fosos, la eliminación de puentes levadizos<sup>69</sup> y el levantamiento de barricadas, por lo que no quedaba el espacio necesario para lanzar los jinetes a la carga<sup>70</sup>. Los defensores habían diseminado la ciudad de piedras y otros escombros, cavando agujeros con la esperanza de que pudieran aprisionar las patas de los animales y dejarlos cojos<sup>71</sup>. El mismo Cuauhtemoc, el último de los soberanos aztecas, antes del asedio final de la capital, había explicado a su consejo de guerra que “los de caballo no tienen por donde corran; las puentes tenemos rotas, pues cegarlas no pueden sin muchas muertes de ellos”<sup>72</sup>. Los indios, en esas condiciones, conseguían arrancarle la lanza al centauro y servirse de ella para matarle y derribarle del caballo<sup>73</sup>. Las circunstancias descritas dilataron el asalto final de la capital. Forzaron a los invasores tanto a servirse de cientos de miles de aliados locales, como a arrasar la capital azteca por completo, sufriendo, a la vez, decenas de bajas.

#### “ENTRABAN Y SALIÁN”: CABALLERÍA LIGERA A LA CARGA

Los caballeros castellanos, en México, eran numéricamente muy reducidos y no podían llegar a constituir formaciones amplias de distintas líneas progresivas, paralelas al adversario, para intentar atropellarlo frontalmente. Al mismo tiempo, no estaban dotados de largas lanzas pesadas y sus animales no estaban acorazados con placas de metal. Por eso, no solían cargar frontalmente contra el enemigo sino en los flancos y en los demás puntos sensibles de la formación, por lo que el cuerpo que constituían se puede definir como caballería ligera. La inferioridad numérica de los cristianos era tal que los jinetes, en los casos más desalentadores, apenas conseguían entorpecer las maniobras de los indios y molestales en los flancos o en la retaguardia, por medio de una acción continuada. Los caballeros, por lo tanto, tenían que darse prisa en su misión de aliviar la

69 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro IV, cap. 104.

70 HERRERA, A. de, *op. cit.*, década II, libro X, cap. 9.

71 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 408; FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., *op. cit.*, libro XXXIII, cap. 28.

72 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro V, cap. 117.

73 SAHAGÚN, B. de, *op. cit.*, libro XII, cap. 31.



presión que los indios ejercitaban contra los rodeleros, y esto conllevaba que no dispusieran del tiempo necesario para cargar, arrojar jabalinas y volver a la retaguardia para abastecerse de otros venablos. Cortés, entonces, les ordenó que llegasen al choque cuerpo a cuerpo con el enemigo, para lo cual se sirvieron de sus lanzas para abatirle pero sin quedarse en contacto con el blanco, todo ello en el intento por infligirle ulteriores daños. Ordenó a los jinetes que apuntaran a la cara del enemigo y que de ninguna manera estuvieran dispuestos a perder su lanza, sirviéndose de la fuerza y de la velocidad del caballo para arrastrar a aquel indio que hubiera conseguido agarrarla<sup>74</sup>. Díaz del Castillo confirma que los jinetes cargaban "con las lanzas terciadas [oblicuas], sin pararse a lancear, sino por las caras y ojos"<sup>75</sup>, como vemos por ejemplo en distintas láminas del *Lienzo de Tlaxcala* (Fig. 2).

Si la formación adversaria no vacilaba y conseguía no perder el orden antes y durante el choque, los jinetes estaban en peligro. Los caballos habían descargado su energía cinética en el primer impacto y habían sido ralentizados, perdiendo su capacidad de seguir empujando al enemigo. Los indios, en este momento crítico, podían contratacar y herir al hombre o al animal, o bien desarmarle, como explican tanto Cortés como Díaz del Castillo. Los cronistas, desgraciadamente, no nos describen en detalle estas fases de la carga de caballería, es decir, lo que pasaba desde que los equinos chocaban contra la formación adversaria hasta la victoria final. Así, podemos analizar lo que nos relatan sobre la batalla de Centla, que enfrentó los castellanos a los tabascos. Ya hemos visto que el mismo capitán extremeño escribió que los infantes estaban tan alejados de los jinetes que no conseguían verles, debido a que los centauros habían desarrollado una maniobra envolvente para atacar la retaguardia de los indios. Siendo así, los rodeleros se habían ido dando cuenta de que la fuerza del enemigo iba mermando en el momento en que los caballeros cargaban.

"Estando en tan estrecho trance apareció uno de a caballo, que pensaron los nuestros ser el General o Francisco de Morla; arremetió a los indios con muy gran furia; retirólos gran espacio; los nuestros cobraron esfuerzo y acometieron con gran ánimo, hiriendo y matando en los indios; el de a caballo desapareció, y como los indios eran tantos, revolviéron sobre los nuestros, tornándolos a poner en el estrecho que antes; el de a caballo volvió y socorrió a los nuestros con más furia y impetu que de antes; esto hizo tres veces, hasta que Cortés llegó con los de a caballo"<sup>76</sup>.

74 DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. LXII.

75 *Ibidem*, cap. LXV; véase cap. XXXIII, CXXVIII.

76 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro II, cap. 33.

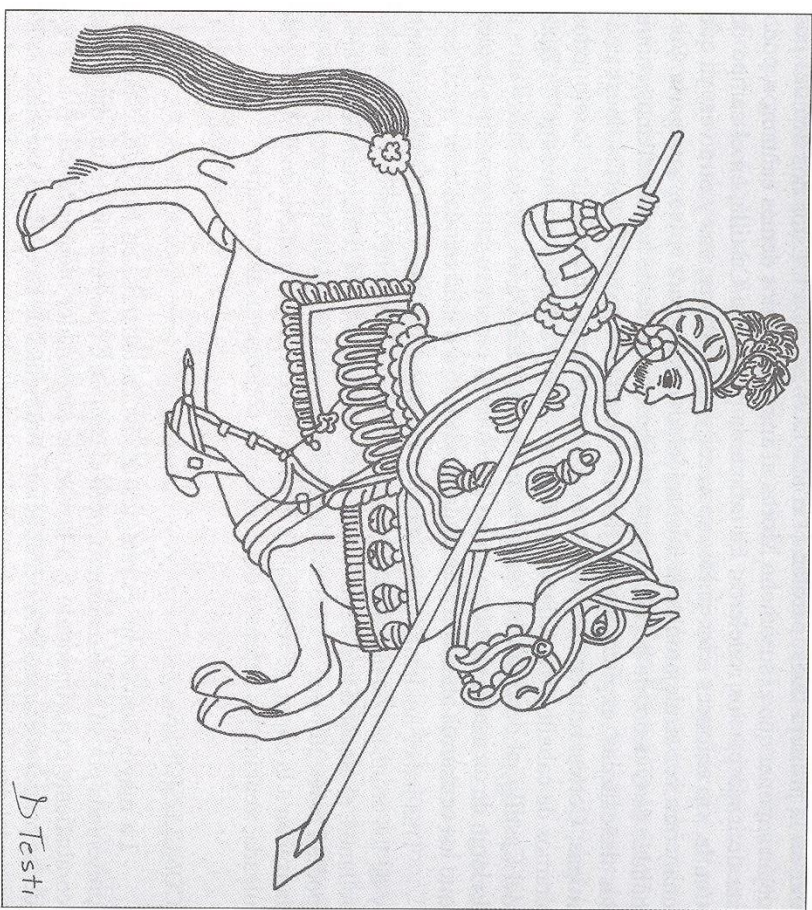


Fig. 2. Jinete castellano según el *Lienzo de Tlaxcala*, con lanza terciada y adarga; nótese el petral de cascabels del caballo

Cervantes de Salazar explica que los infantes castellanos divisaban a un jinete que por tres veces atacó a la retaguardia de los indios y otras tantas veces se retiró, hasta que Cortés lanzó la cuarta carga que, supuestamente, acabó con la resistencia de los tabascos. Lo que es más probable, y de hecho es lo que el mismo cronista supone, es que los rodeleros asistieron a cuatro cargas consecutivas de los jinetes y que, debido a la distancia y al caos de la batalla, únicamente pudieron ver a un solo centauro en el curso de las tres primeras. El mismo Díaz del Castillo, que aquel día estaba presente en el campo de batalla, afirmó haber visto a Francisco de Morla<sup>77</sup> mientras que Cortés explica que los jinetes, al pene-

77 DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. XXXIII.

trar en la primera línea, perdían el contacto entre ellos<sup>78</sup>. Estos dos detalles nos dejan suponer que el susodicho Morla, al apartarse de los demás centauros, pudo ser divisado por los rodeleros. La infantería pesada de Castilla, en el campo de Centla, vio entonces a los jinetes aparecer y desaparecer, una y otra vez, ya que una y otra vez se alejaron de la formación adversaria para volver a cargarla. Fernández de Oviedo, de hecho, durante el primer choque de los castellanos contra los tlaxcaltecas, explica que los jinetes “entraban é salían”<sup>79</sup> de las líneas enemigas; Cortés, refiriéndose al mismo acontecimiento, subraya que “como todos éramos de caballo arremetíamos a nuestro salvo y salíamos ansimesmo”<sup>80</sup>. Díaz del Castillo, al describir las maniobras de caballería de los jinetes castellanos a lo largo de un asalto nocturno de los tlaxcaltecas contra su campamento, destaca que los centauros atacaban “entrando y saliendo a media tienda”<sup>81</sup>.

Tras haber analizado los relatos de los miembros del contingente cristiano y de los cronistas de la empresa, nos atreveríamos a suponer que los jinetes castellanos, al atacar a uno de los puntos más delicados de la formación adversaria, podían conseguir que el enemigo huyera antes del choque. En caso contrario, se lanzaban a la carga, se replegaban y volvían a cargar de manera que, oleada tras oleada, vencían las defensas del enemigo y conseguían ahuyentarle.

## CONCLUSIONES

La mayor desventaja estratégica de los castellanos, en México, estaba representada por su escaso número, pero el capitán Cortés era un diestro oficial, un combatiente experimentado y, a la vez, un negociador maquiavélico. A lo largo de las primeras etapas de la penetración continental de su ejército, consiguió servirse del descontento que la dominación de los mexicas causaba en sus vasallos periféricos para constituir una alianza antiazteca. A medida que los castellanos conseguían desafiar a los tenochcas e imponerse en el campo de batalla, dicha alianza crecía y se fortalecía. Cada vasallo que se rebelaba a la autoridad de la Triple Alianza privaba a esta de sus abastecimientos y de sus tropas que, al mismo tiempo, se pasaban al otro bando, apoyando a los forasteros. Estas condiciones estratégicas se reflejaban en el campo de batalla, en el que pocos cientos de castellanos representaban las tropas de élite de un ejército indio, fuerte de decenas de miles de hombres. Prescott, por ello, afirma que “el Imperio Indio, se puede decir que fue conquistado por indios”<sup>82</sup>, Cervantes de Salazar, además,

explica que Cortés, “aunque tan valeroso, no pudiera sin ellos [indios] conquistar tan grandes reinos y señoríos”<sup>83</sup>. El capitán, además, al penetrar desde Vera Cruz hasta el Valle de Anáhuac, tropezó con un problema potencialmente letal: las líneas de abastecimientos se alargaban sensiblemente, a medida que el contingente avanzaba, y el enemigo habría podido atacarlas y cortarlas, aislando a los conquistadores en el corazón de México y condenándoles a la aniquilación. La presencia de aliados locales, que abastecían a su hueste, y de los bienes del enemigo, que podían ser saqueados, ofrecieron a los castellanos la posibilidad de superar aquel enorme inconveniente logístico.

Opinamos, en conclusión, que el contingente de Cortés consiguió provocar el rápido derrumbamiento de la Triple Alianza sirviéndose de sus defectos políticos, técnicos, estratégicos y mentales, entre los cuales recordamos: 1) el descontento de los vasallos y la escasa cohesión política de la confederación; 2) el miedo a las novedades que los forasteros introdujeron en México; 3) el retraso técnico en el campo de los armamentos. Las armas y armaduras de acero, y las maniobras de caballería, como consecuencia, ejercieron una influencia primordial a la hora de determinar el resultado final del conflicto.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, F. de, *Relación breve de la Conquista de la Nueva España, en La Conquista de Tenochtilán*, VAZQUEZ CHAMORRO, G. (ed.), Madrid, 2002.
- ALVARADO TEZOMOC, H. de, *Crónica Mexicana*, DÍAZ MIGOYO G. y VAZQUEZ CHAMORRO G. (eds.), Madrid, 2001.
- BENAVENTE, T. de, *Historia de los indios de la Nueva España*, FABREGAT, C. E. (ed.), Madrid, 2001.
- BUENO BRAVO, I., *La guerra en el imperio azteca, Expansión, ideología y arte*, Madrid, 2007.
- CASAS, B. de las, *Apológica historia*, en ABRIL CASTELLÓ, V., BARREDA, J., ARRES QUEJIA, B. y ABRIL STOFFELS M. (eds.), *Obras Completas*, vols. 6-8, Madrid, 1992.
- Historia de las Indias, en Obras Completas*, vols. 3-5, MEDINA, M. Á. (ed.), Madrid, 1992.
- CERVANTES DE SALAZAR, F., *Crónica de la Nueva España*, Barcelona, 2008.
- Codex Telleriano-Remensis*, QUIÑONES KEBBER E. (ed.), Austin, 1995.
- Códice Aubin*, México, 1902.
- CORTÉS, H., *Cartas de relación*, DELGADO GÓMEZ, Á. (ed.), Madrid, 1993.

78 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 130.  
 79 FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., *op. cit.*, libro XXXIII, cap. 3.  
 80 CORTÉS, H., *op. cit.*, p. 175.  
 81 DÍAZ DEL CASTILLO, B., *op. cit.*, cap. LXV.  
 82 PRESCOTT, W. H., *op. cit.*, vol. II, p. 473.

83 CERVANTES DE SALAZAR, F., *op. cit.*, libro II, cap. 16.

- DÍAZ DEL CASTILLO, B., *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, SERÉS, G. (ed.), Madrid, 2011.
- DURÁN, D., *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme*, RAMÍREZ, J. F. (ed.), México, 1867.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, G., *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra-firme del Mar Océano*, AMADOR DE LOS RÍOS, J. (ed.), Madrid, 1853.
- HASSIG, R. *Mexico and the Spanish Conquest*, Norman, University of Oklahoma Press, 2006.
- HERRERA, A. de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, Madrid, 1726.
- LÓPEZ DE GÓMARA, F., *La Conquista de Méjico*, GUIBELALDE, P. (ed.), Barcelona, 1954.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, P., *Décadas del Nuevo Mundo*, ALBA, R. (ed.), Madrid, 1989.
- MUÑOZ CAMARGO, D., *Historia de Tlaxcala*, VÁZQUEZ CHAMORRO, G. (ed.), Madrid, 2003.
- OROZCO Y BERRA, M., *Historia Antigua y de la Conquista de México*, México, 1880.
- PARKER, G., *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, Cambridge, 1996
- PRESCOTT, W. H., *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1900.
- *Relación de Michoacán*, edición de L. Cabrero Fernández, Madrid, 2002.
- SAHAGÚN, B. de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, TEMPORANO, J. C. (ed.), Madrid, 2001.
- SEPÚLVEDA J. G. de, *De rebus hispaniorum gestis ad novorum orbem mexicanumque*, RAMOS, D. (ed.), Valladolid, 1976.
- SOLÍS, A. de, *Historia de la conquista de Méjico, población y progresos de la América septentrional conocida por el nombre de nueva España*, Paris, 1889.
- TAPIA, A. de, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor Don Hernando Cortés, Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la tierra firme y Mar Océano*, en *La Conquista de Tenochtitlan*, VÁZQUEZ CHAMORRO, G. (ed.), Madrid, 2002.
- THOMAS, H., *La Conquista de México*, Barcelona, 2010.
- VÁZQUEZ DE TAPIA, B., *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernandino Vázquez de Tapia*, en VÁZQUEZ CHAMORRO, G. (ed.), *La Conquista de Tenochtitlan*, Madrid, 2002.

## LAS MISIONES JESÚTICAS EN LA CHINA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII: EL CONFLICTO ENTRE EL MATRIMONIO CRISTIANO Y EL MATRIMONIO CONFUCIANO EN EL ENTORNO JESÚTICO CHINO DEL S. XVII<sup>1</sup>

JESUIT'S MISSIONS IN CHINA IN THE SIXTEENTH AND SEVENTEENTH CENTURIES: THE CONFLICT BETWEEN CHRISTIAN MARRIAGE AND CONFUCIAN MARRIAGE IN THE ENVIRONMENT OF THE JESUITS IN CHINA IN THE SEVENTEENTH CENTURY

CHENGUANG LI<sup>2</sup>

Universidad Autónoma de Madrid

<sup>1</sup> Pese a que el presente trabajo trate de las actividades evangelizadoras de los jesuitas en China, cabe señalar que a partir de los años treinta del siglo XVII, las órdenes mendicantes bajo el sistema del patronato español en las Filipinas, también lograron implantarse en el gigantesco país asiático, teniendo en cuenta que la *bula Ex debito pastoris officii* del Papa Urbano VIII en 1653, puso fin a la exclusividad de los jesuitas de Macao para predicar la fe católica en el Imperio chino. En concreto, en enero de 1651, el dominico, Angélo Cocchi entró en China; en 1653, el franciscano Antonio de Santa María acompañado del religioso dominico Juan Bautista Morales, llegaron a la provincia sureste de China, Fujian; y más tarde, en 1680, los agustinos se establecieron en el Imperio oriental.

Aprovechando la ocasión de la publicación de este trabajo, también me gustaría agradecer a todos los miembros del Comité de "I CONGRESO INTERNACIONAL DE JÓVENES INVESTIGADORES UNIVERSIDAD DE LEÓN", especialmente a los evaluadores de este trabajo que me han ofrecido muchos consejos y correcciones de gran utilidad. A todos ellos mi más sincera gratitud y guardo una deuda con todos que espero algún día satisfacer. De manera muy especial, a profesora Elena Postigo Castellanos, mi directora de tesis y catedrática de la Universidad Autónoma de Madrid, gracias por su inmensa ayuda a la hora de mejorar cada detalle del trabajo, desde la modificación del título y del resumen, hasta la corrección y la revisión del castellano de todo el trabajo. Sin embargo, los fallos contenidos en él son de mi incumbencia, en absoluto atribuibles a su persona.

<sup>2</sup> Becario del gobierno chino (ID en Consejo Nacional de Becas de China: 2014083900022) y doctorando en el programa de Doctorado interuniversitario en Historia Moderna por la Universidad Autónoma